martes 22 de enero de 2002

Bienvenido a mi castillo

Por Rodrigo Fresán

Toca terror pero –seamos sinceros– *Drácula* es mucho más y mucho mejor que el vampiro sucesivamente degradado por las cejas de Bela Lugosi, los pechos de las chicas a las que muerde Christopher Lee, las uñas de Klaus Kinski o ese extraño peinado de Gary Oldman.

En un orden ideal de las cosas, uno debería leer esta genial novela que el mediocre Bram Stoker publicó en 1987, por lo menos dos veces: la primera para sentir un miedo pocas veces mejor provocado por la letra impresa y la segunda para maravillarse por su construcción a base de cartas, diarios, recortes de periódicos, informes médicos.

En perspectiva, hoy, *Drácula* es mucho más que una de las catedrales más altas de la literatura de horror ofreciéndonos, además, un perfecto retrato de la Inglaterra victoriana, la insatisfacción de mujeres calientes en una sociedad de hombres fríos, insinuaciones bastante evidentes de sexo oral y un astuto comentario sobre el enfrentamiento entre una vieja Europa y una nueva Europa dispuesta a cambiar para siempre.

Pero por encima de todo eso –como bien lo señaló en 1982 el terrorista Stephen King en su ensayo sobre el género titulado *Danse Macabre*– el drama de Stoker "es uno de los más apasionantes y admirables trucos en la historia de la literatura, un *trompe l'oleil* que jamás ha sido superado".

A lo que se refiere King –quien bastardeó tanto con gracia como grosería al mito del Nosferatu en su Big Mac *La hora del vampiro*– es al hecho de que el conde transilvano apenas aparece unas seis o siete veces, durante unas pocas páginas, en una novela muy larga y Stoker propone aquello a lo que Hollywood rara vez hace caso en estos tiempos de efectistas efectos especiales: nada produce más miedo que aquello que no vemos.

Así, todos los personajes de la novela se la pasan hablando, teorizando, temiendo, preguntándose acerca de Drácula mientras que Drácula está fuera del libro y, para siempre, adentro de nuestras cabezas.

Y lo más importante de todo: el poder de Drácula –más allá de su inmortalidad sangrienta– reside en el hecho de que sólo muerde si se lo invita a morder a nuestra casa (¿cómo no invitarlo?), de que no parece un monstruo y, a la hora de la verdad, a la medianoche, es mucho más simpático e inteligente que los supuestos héroes que lo persiguen.

Thomas Harris –si se lo piensa un poco– ha sido uno de los mejores alumnos de Stoker a la hora de crear a otro monstruo encantador de finos modales: Hannibal "Cannibal" Lecter.

A continuación, el buenazo de Jonathan Harker llega a la humilde morada de un noble transilvano.

Fácil de entrar, difícil de salir.



drácula

Por Bram Stoker

Diario de Jonathan Harker (Continuación)

5 *de mayo.-* Debí de quedarme dormido, porque desde luego si hubiese estado completamente despierto me habría dado cuenta de que nos acercábamos a este extraordinario lugar. A oscuras, el patio parecía de grandes dimensiones, y como a él confluyen varios accesos bajo sus correspondientes arcos de medio punto, quizá me dio la impresión de que era más grande de lo que es en realidad. Aún no lo he visto de día.

Cuando se detuvo la calesa, saltó el conductor al suelo y me tendió la mano para ayudarme a bajar. De nuevo pude notar su fuerza prodigiosa. Su mano parecía una verdadera tenaza de acero capaz de estrujarme la mía de haber querido. A continuación cogió mi equipaje y lo dejó en el suelo junto a mí ante una puerta enorme, vieja y tachonada de grandes clavos, bajo un pórtico de piedra saledizo. Pude ver, incluso a la escasa luz, que la piedra estaba toda tallada, pero que sus ornamentos esculpidos se hallaban muy erosionados por la lluvia y el tiempo. El conductor entretanto saltó otra vez a su asiento y sacudió las riendas; arrancaron los caballos, y el coche desapareció bajo uno de los arcos oscuros.

Me quedé en silencio donde estaba, ya que no sabía qué hacer. No había aldaba ni campanilla; tampoco era probable que mi voz lograse traspasar estos muros severos y estas ventanas oscuras. La espera me parecía interminable y me asaltaba un montón de dudas y temores. ¿A qué clase de lugar había venido, y entre qué clase de gente estaba? ¿En qué siniestra aventura me había embarcado? ¿Era normal en la vida de un pasante de abogado, que le enviasen a explicar a un extranjero las gestiones sobre la compra de una propiedad en Londres? ¡Pasante de abogado! A Mina no le gustaba. Abogado: porque justo antes de salir de Londres me enteré de que he aprobado el examen; ¡ahora soy abogado con todas las de la ley! Me puse a frotarme los ojos y a pellizcarme para averiguar si estaba despierto; todo esto me parecía una pesadilla horrible y esperaba despertar de repente y encontrarme en casa, con la claridad del día filtrándose por las ventanas, como me ocurría a veces después de un día de trabajo excesivo. Pero mi carne respondió a la prueba del pellizco y mis ojos no se equivocaban. Estaba efectivamente despierto, y en medio de los Cárpatos. Lo único que podía hacer ahora era tener paciencia y esperar a que amaneciera.

Justo cuando llegué a esta conclusión oí al otro lado de la gran puerta unos pasos graves que se acercaban, y a través de sus grietas vi el resplandor de una luz que se aproximaba igualmente. A continuación sonó un ruido de cadenas y cerrojos al ser descorridos. Giró una llave con el chirrido que produce un prolongado desuso y se abrió la puerta. Dentro vi a un hombre alto, viejo, de cara afeitada, aunque con un gran bigote blanco y vestido de negro de pies a cabeza, sin una nota de color en todo él. En la mano sostenía una lámpara antigua de plata en la que ardía una llama, sin tubo ni globo que la protegiera, que arrojaba largas y temblorosas sombras al oscilar con la corriente de la puerta abierta. El anciano hizo un gesto de cortesía con la mano derecha y dijo en un inglés excelente, aunque con acento extranjero:

–¡Bienvenido a mi casa! ¡Entre libremente y por su propia voluntad!

No hizo movimiento alguno de salir a mi encuentro, sino que permaneció donde estaba como una estatua, como si el gesto de bienvenida le hubiese petrificado. Sin embargo, en el instante en que crucé el umbral, avanzó impulsivamente y, tendiendo la mano, estrechó la mía con tal fuerza que me hizo dar un respingo; lo que no obstaba para que la tuviese fría como un témpano...; tanto, que parecía más la mano de un muerto que de un vivo. Y dijo otra vez:

–Bienvenido a mi casa. Entre libremente. Pase sin temor. ¡Y deje en ella un poco de la felicidad que trae consigo!

La fuerza de su mano era tan parecida a la del cochero, cuya cara no había visto, que por un instante pensé si no estaba hablando con la misma persona; así que para cerciorarme dije en tono interrogativo:

–¿El conde Drácula?

Hizo un gesto de asentimiento y contestó:

–Soy Drácula, sí, y le doy la bienvenida a mi casa, señor Harker. Pase; el aire de la noche es frío, y sin duda necesita comer y descansar.

Mientras hablaba depositó la lámpara en una repisa de la pared, cogió mi equipaje y lo entró antes de que yo pudiese anticiparme. Protesté, pero él insistió:

–De ningún modo, señor; es usted mi invitado. Es tarde y mis criados están fuera de servicio. Deje que me ocupe personalmente de su comodidad.

Insistió en llevar él mis cosas a lo largo del corredor, a continuación subimos por una gran escalera de caracol y recorrimos otro largo pasillo en cuyas losas resonaban nuestros pasos. Al final de éste abrió una pesada puerta y me alegró ver en el interior una habitación bien iluminada, en la que había una mesa puesta para la cena, y en cuya imponente chimenea ardía y resplandecía un gran fuego de troncos.

El conde se detuvo, dejó mis bolsas en el suelo, cerró la puerta y, cruzando la habitación, abrió otra que daba acceso a una pequeña pieza octogonal iluminada por una sola lámpara y al parecer sin ventana alguna. La cruzó, abrió otra puerta y me hizo seña de que entrase. Fue una visión acogedora; porque aquí había un dormitorio bien iluminado y caldeado con otro fuego de leña que rugía cavernosamente hacia arriba, por la amplia chimenea. El conde dejó mi equipaje y se retiró, diciendo antes de cerrar:

–Después del viaje, necesitará refrescarse arreglándose un poco. Espero que encuentre todo lo necesario. Cuando haya terminado pase a la otra habitación, donde tendrá preparada la cena.

La luz y el calor y la amable acogida del conde disiparon todas mis dudas y temores. En cuanto el ánimo me volvió a la normalidad, descubrí que estaba muerto de hambre; así que me arreglé a toda prisa y me dirigí a la otra habitación.

Encontré la cena ya servida. Mi anfitrión, que estaba de pie junto a la gran chimenea, apoyado contra la piedra, hizo un gesto cortés señalando la mesa, y dijo:

–Siéntese, por favor, y cene a gusto. Espero que me disculpe por no unirme a usted; he cenado ya, y no tengo costumbre de tomar nada después.

Le entregué la carta sellada que el señor Hawkins me había confiado. La abrió y la leyó con circunspección; luego, con una sonrisa encantadora, me la tendió para que la leyese yo. Un pasaje, al menos, me hizo sentirme halagado:

"Lamento de veras que un ataque de gota, dolencia que sufro constantemente, me impida viajar durante una temporada; pero tengo la satisfacción de mandarle en mi lugar a una persona que cuenta con toda mi confianza. Es un joven lleno de energía y talento, y de una integridad natural. Es discreto, reservado, y ha crecido a mi servicio. Estará a su disposición cuanto desee durante su estancia y se hará cargo de sus instrucciones en todos los asuntos."

El conde se acercó, destapó una fuente y, acto seguido, me lancé sobre un suculento pollo asado. Esta fue mi cena, con un poco de queso, ensalada, y una botella de viejo *tokay*, del que tomé un par de copas. Mientras comía, el conde me hizo un montón de preguntas sobre mi viaje, y a pocos acabé contándoselo todo.

Había terminado ya de cenar, había acercado la silla junto al fuego a ruegos de mi anfitrión, y fumaba un cigarro que él me había ofrecido, excusándose por no fumar. Ahora tuve ocasión de observarle y descubrí que tenía las facciones muy acusadas.

Tenía un rostro aguileño, con el puente de su delgada nariz muy alto y las aletas arqueadas de forma peculiar, la frente alta y abombada, y el cabello escaso en las sienes, aunque abundante en el resto de la cabeza. Las cejas, muy pobladas, casi se le juntaban en el ceño y tenían el pelo tupido que parecía curvarse por su misma profusión. La boca, o lo que se veía de ella debajo del grueso bigote, era firme y algo cruel, con unos dientes singularmente afilados y blancos; le salían por encima del labio, cuyo notable color rojo denotaba una vitalidad asombrosa en un hombre de su edad. Por lo demás, tenía las orejas pálidas y puntiagudas en la parte superior, la barbilla ancha y fuerte, y las mejillas firmes, aunque delgadas. La impresión general que daba era de una extraordinaria palidez.

En cuanto a sus manos, hasta ahora sólo se las había visto por el dorso –apoyadas sobre las rodillas– a la luz del fuego, y me habían parecido blancas y finas; pero al observárselas más de cerca, no pude por menos de advertir que eran ordinarias, anchas, con unos dedos cortos y gruesos. Y algo muy extraño: tenía vello en las palmas. Las uñas eran largas, finas y terminadas en punta. Al inclinarse el conde hacia mí y rozarme sus manos, no pude reprimir un estremecimiento. Quizá fue porque noté su aliento fétido, el caso es que me invadió una espantosa sensación de náusea que, por mucho que quise, no logré reprimir. El conde evidentemente lo notó y se retiró; y con una especie de torva sonrisa que reveló aún más sus dientes protuberantes, volvió a sentarse en su butaca junto a



la chimenea. Permanecimos callados un rato y, al mirar hacia la ventana, vi la primera franja difusa del amanecer. En todas partes parecía reinar una extraña quietud, pero al prestar atención oí el aullido de numerosos lobos en el fondo del valle. Los ojos del conde centellearon, y dijo:

–Escúchelos... son los hijos de la noche. ¡Qué hermoso concierto! –Y al ver, supongo, una expresión de sorpresa en mi rostro, añadió: ¡Ah, señor, ustedes los de la ciudad no comprenden los sentimientos del cazador!

Seguidamente se levantó y dijo:

–Pero estará cansado. Tiene el dormitorio preparado, y puede dormir todo lo que quiera. Yo estaré ausente hasta la tarde; así que descanse. ¡Le deseo buenos sueños! –Y con una cortés inclinación, me abrió la puerta de la habitación octogonal, y entré en mi dormitorio...

Me siento sumido en un mar de confusiones. Me asaltan temores, pienso cosas extrañas que no me atrevo a confesarme a mí mismo. ¡Que Dios me proteja, aunque sólo sea por los seres que quiero!

7 *de mayo.-* Es otra vez de madrugada, pero he descansado y disfrutado las últimas veinticuatro horas. Dormí hasta tarde y me desperté por mí mismo. Después de vestirme me dirigí a la habitación donde había cenado yencontré puesto un desayuno frío, con la cafetera junto al fuego de la chimenea. En la mesa había una tarjeta con la siguiente nota:

"Tengo que ausentarme unas horas. No me espere. *D.*"

Así que me senté y disfruté de un buen desayuno. Al terminar busqué con la mirada una campanilla para avisar a los criados, pero no descubrí ninguna. La verdad es que encuentro deficiencias muy extrañas en esta casa, sobre todo teniendo en cuenta la ostentación de riqueza que veo a mi alrededor. El servicio de mesa es de oro y está tan bellamente labrado que debe de valer una fortuna. Los cortinajes y el tapizado de las sillas y los sofás, así como las colgaduras de mi cama, son de paños hermosísimos y costosos; debieron de tener un valor cuando los

drácula

Por Bram Stoker

Diario de Jonathan Harker (Continuación)

5 *de mayo.*- Debí de quedarme dormido, porque desde luego si hubiese estado completamente despierto me habría dado cuenta de que nos acercábamos a este extraordinario lugar. A oscuras, el patio parecía de grandes dimensiones, y como a él confluyen varios accesos bajo sus correspondientes arcos de medio punto, quizá me dio la impresión de que era más grande de lo que es en realidad. Aún no lo he visto de día.

Cuando se detuvo la calesa, saltó el conductor al suelo y me tendió la mano para ayudarme a bajar. De nuevo pude notar su fuerza prodigiosa. Su mano parecía una verdadera tenaza de acero capaz de estrujarme la mía de haber querido. A continuación cogió mi equipaje y lo dejó en el suelo junto a mí ante una puerta enorme, vieja y tachonada de grandes clavos, bajo un pórtico de piedra saledizo. Pude ver, incluso a la escasa luz, que la piedra estaba toda tallada, pero que sus ornamentos esculpidos se hallaban muy erosionados por la lluvia y el tiempo. El conductor entretanto saltó otra vez a su asiento y sacudió las riendas; arrancaron los caballos, y el coche desapareció bajo uno de los arcos oscuros.

Me quedé en silencio donde estaba, ya que no sabía qué hacer. No había aldaba ni campanilla; tampoco era probable que mi voz lograse traspasar estos muros severos y estas ventanas oscuras. La espera me parecía interminable y me asaltaba un montón de dudas y temores. ¿A qué clase de lugar había venido, y entre qué clase de gente estaba? ¿En qué siniestra aventura me había embarcado? ¿Era normal en la vida de un pasante de abogado, que le enviasen a explicar a un extranjero las gestiones sobre la compra de una propiedad en Londres? ¡Pasante de abogado! A Mina no le gustaba. Abogado: porque justo antes de salir de Londres me enteré de que he aprobado el examen; ¡ahora soy abogado con todas las de la ley! Me puse a frotarme los ojos y a pellizcarme para averiguar si estaba despierto; todo esto me parecía una pesadilla horrible y esperaba despertar de repente y encontrarme en casa, con la claridad del día filtrándose por las ventanas, como me ocurría a veces después de un día de trabajo excesivo. Pero mi carne respondió a la prueba del pellizco y mis ojos no se equivocaban. Estaba efectivamente despierto, y en medio de los Cárpatos. Lo único que podía hacer ahora era tener paciencia y esperar a que amaneciera.

Justo cuando llegué a esta conclusión oí al otro lado de la gran puerta unos pasos graves que se acercaban, y a través de sus grietas vi el resplandor de una luz que se aproximaba igualmente. A continuación sonó un ruido de cadenas y cerrojos al ser descorridos. Giró una llave con el chirrido que produce un prolongado desuso y se abrió la puerta. Dentro vi a un hombre alto, viejo, de cara afeitada, aunque con un gran bigote blanco y vestido de negro de pies a cabeza, sin una nota de color en todo él. En la mano sostenía una lámpara antigua de plata en la que ardía una llama, sin tubo ni globo que la protegiera, que arrojaba largas y temblorosas sombras al oscilar con la corriente de la puerta abierta. El anciano hizo un gesto de cortesía con la mano derecha y dijo en un inglés excelente, aunque con acento extranjero:

–¡Bienvenido a mi casa! ¡Entre libremente y por su propia voluntad!

No hizo movimiento alguno de salir a mi encuentro, sino que permaneció donde estaba como una estatua, como si el gesto de bienvenida le hubiese petrificado. Sin embargo, en el instante en que crucé el umbral, avanzó impulsivamente y, tendiendo la mano, estrechó la mía con tal fuerza que me hizo dar un respingo; lo que no obstaba para que la tuviese fría como un témpano...; tanto, que parecía más la mano de un muerto que de un vivo. Y dijo otra vez:

–Bienvenido a mi casa. Entre libremente. Pase sin temor. ¡Y deje en ella un poco de la felicidad que trae consigo!

La fuerza de su mano era tan parecida a la del cochero, cuya cara no había visto, que por un instante pensé si no estaba hablando con la misma persona; así que para cerciorarme dije en tono interrogativo:

–¿El conde Drácula?

Hizo un gesto de asentimiento y contestó:

–Soy Drácula, sí, y le doy la bienvenida a mi casa, señor Harker. Pase; el aire de la noche es frío, y sin duda necesita comer y descansar.

Mientras hablaba depositó la lámpara en una repisa de la pared, cogió mi equipaje y lo entró antes de que yo pudiese anticiparme. Protesté, pero él insistió:

–De ningún modo, señor; es usted mi invitado. Es tarde y mis criados están fuera de servicio. Deje que me ocupe personalmente de su comodidad.

Insistió en llevar él mis cosas a lo largo del corredor, a continuación subimos por una gran escalera de caracol y recorrimos otro largo pasillo en cuyas losas resonaban nuestros pasos. Al final de éste abrió una pesada puerta y me alegró ver en el interior una habitación bien iluminada, en la que había una mesa puesta para la cena, y en cuya imponente chimenea ardía y resplandecía un gran fuego de troncos.

El conde se detuvo, dejó mis bolsas en el suelo, cerró la puerta y, cruzando la habitación, abrió otra que daba acceso a una pequeña pieza octogonal iluminada por una sola lámpara y al parecer sin ventana alguna. La cruzó, abrió otra puerta y me hizo seña de que entrase. Fue una visión acogedora; porque aquí había un dormitorio bien iluminado y caldeado con otro fuego de leña que rugía cavernosamente hacia arriba, por la amplia chimenea. El conde dejó mi equipaje y se retiró, diciendo antes de cerrar:

–Después del viaje, necesitará refrescarse arreglándose un poco. Espero que encuentre todo lo necesario. Cuando haya terminado pase a la otra habitación, donde tendrá preparada la cena.

La luz y el calor y la amable acogida del conde disiparon todas mis dudas y temores. En cuanto el ánimo me volvió a la normalidad, descubrí que estaba muerto de hambre; así que me arreglé a toda prisa y me dirigí a la otra habitación.

Encontré la cena ya servida. Mi anfitrión, que estaba de pie junto a la gran chimenea, apoyado contra la piedra, hizo un gesto cortés señalando la mesa, y dijo:

–Siéntese, por favor, y cene a gusto. Espero que me disculpe por no unirme a usted; he cenado ya, y no tengo costumbre de tomar nada después.

Le entregué la carta sellada que el señor Hawkins me había confiado. La abrió y la leyó con circunspección; luego, con una sonrisa encantadora, me la tendió para que la leyese yo. Un pasaje, al menos, me hizo sentirme halagado:

"Lamento de veras que un ataque de gota, dolencia que sufro constantemente, me impida viajar durante una temporada; pero tengo la satisfacción de mandarle en mi lugar a una persona que cuenta con toda mi confianza. Es un joven lleno de energía y talento, y de una integridad natural. Es discreto, reservado, y ha crecido a mi servicio. Estará a su disposición cuanto desee durante su estancia y se hará cargo de sus instrucciones en todos los asuntos."

El conde se acercó, destapó una fuente y, acto seguido, me lancé sobre un suculento pollo asado. Esta fue mi cena, con un poco de queso, ensalada, y una botella de viejo *tokay*, del que tomé un par de copas. Mientras comía, el conde me hizo un montón de preguntas sobre mi viaje, y a pocos acabé contándoselo todo.

Había terminado ya de cenar, había acercado la silla junto al fuego a ruegos de mi anfitrión, y fumaba un cigarro que él me había ofrecido, excusándose por no fumar. Ahora tuve ocasión de observarle y descubrí que tenía las facciones muy acusadas.

Tenía un rostro aguileño, con el puente de su delgada nariz muy alto y las aletas arqueadas de forma peculiar, la frente alta y abombada, y el cabello escaso en las sienes, aunque abundante en el resto de la cabeza. Las cejas, muy pobladas, casi se le juntaban en el ceño y tenían el pelo tupido que parecía curvarse por su misma profusión. La boca, o lo que se veía de ella debajo del grueso bigote, era firme y algo cruel, con unos dientes singularmente afilados y blancos; le salían por encima del labio, cuyo notable color rojo denotaba una vitalidad asombrosa en un hombre de su edad. Por lo demás, tenía las orejas pálidas y puntiagudas en la parte superior, la barbilla ancha y fuerte, y las mejillas firmes, aunque delgadas. La impresión general que daba era de una extraordinaria palidez.

En cuanto a sus manos, hasta ahora sólo se las había visto por el dorso –apoyadas sobre las rodillas– a la luz del fuego, y me habían parecido blancas y finas; pero al observárselas más de cerca, no pude por menos de advertir que eran ordinarias, anchas, con unos dedos cortos y gruesos. Y algo muy extraño: tenía vello en las palmas. Las uñas eran largas, finas y terminadas en punta. Al inclinarse el conde hacia mí y rozarme sus manos, no pude reprimir un estremecimiento. Quizá fue porque noté su aliento fétido, el caso es que me invadió una espantosa sensación de náusea que, por mucho que quise, no logré reprimir. El conde evidentemente lo notó y se retiró; y con una especie de torva sonrisa que reveló aún más sus dientes protuberantes, volvió a sentarse en su butaca junto a la chimenea. Permanecimos callados un rato y, al mirar hacia la ventana, vi la primera franja difusa del amanecer. En todas partes parecía reinar una extraña quietud, pero al prestar atención oí el aullido de numerosos lobos en el fondo del valle. Los ojos del conde centellearon, y dijo:

–Escúchelos... son los hijos de la noche. ¡Qué hermoso concierto! –Y al ver, supongo, una expresión de sorpresa en mi rostro, añadió: ¡Ah, señor, ustedes los de la ciudad no comprenden los sentimientos del cazador!

Seguidamente se levantó y dijo:

–Pero estará cansado. Tiene el dormitorio preparado, y puede dormir todo lo que quiera. Yo estaré ausente hasta la tarde; así que descanse. ¡Le deseo buenos sueños! –Y con una cortés inclinación, me abrió la puerta de la habitación octogonal, y entré en mi dormitorio...

Me siento sumido en un mar de confusiones. Me asaltan temores, pienso cosas extrañas que no me atrevo a confesarme a mí mismo. ¡Que Dios me proteja, aunque sólo sea por los seres que quiero!

7 *de mayo.*- Es otra vez de madrugada, pero he descansado y disfrutado las últimas veinticuatro horas. Dormí hasta tarde y me desperté por mí mismo. Después de vestirme me dirigí a la habitación donde había cenado yencontré puesto un desayuno frío, con la cafetera junto al fuego de la chimenea. En la mesa había una tarjeta con la siguiente nota:

"Tengo que ausentarme unas horas. No me espere. *D.*"

Así que me senté y disfruté de un buen desayuno. Al terminar busqué con la mirada una campanilla para avisar a los criados, pero no descubrí ninguna. La verdad es que encuentro deficiencias muy extrañas en esta casa, sobre todo teniendo en cuenta la ostentación de riqueza que veo a mi alrededor. El servicio de mesa es de oro y está tan bellamente labrado que debe de valer una fortuna. Los cortinajes y el tapizado de las sillas y los sofás, así como las colgaduras de mi cama, son de paños hermosísimos y costosos; debieron de tener un valor cuando los hicieron, porque son de hace siglos, aunque se conservan admirablemente. He visto tejidos parecidos en Hampton Court, aunque estaban descoloridos, gastados y apolillados. En cambio, no hay espejos en ninguna habitación. Ni siquiera sobre mi tocador, y he tenido que echar mano del espejito de viaje que llevo en la bolsa para poder afeitarme y peinarme. Aún no he visto un solo criado por ninguna parte, ni he oído otro ruido en los aledaños del castillo que el aullar de los lobos. Al terminar de comer –no sé si llamarlo desayuno o cena, porque eran entre las cinco y las seis de la tarde–, busqué algo para leer, porque no quería deambular por el castillo mientras no tuviera el permiso del conde. No encontré nada en la habitación: ni libros, ni periódicos, ni recado de escribir; así que abrí otra puerta de la habitación y encontré una especie de biblioteca. Probé la puerta que había enfrente de la que acababa de abrir, pero estaba cerrada con llave.

Aquí, para gran alegría mía, encontré multitud de libros ingleses, estanterías enteras, y volúmenes encuadernados de revistas y periódicos. En el centro había una mesa atestada de revistas y periódicos ingleses, aunque ninguno era de fecha reciente. Los libros trataban de los temas más diversos: historia, geografía, economía política, botánica, geología, derecho... todos relativos a Inglaterra y a la vida y las costumbres inglesas. Había incluso libros de consulta tales como el directorio de Londres, los libros Azul y Rojo, el Almanaque de Whitaker, los escalafones del Ejército y de la Armada, y –algo que me produjo alegría– el directorio legal.

Mientras miraba los libros se abrió la puerta y entró el conde. Me saludó con cordialidad y expresó su esperanza de que hubiese descansado bien durante la noche. Y prosiguió a continuación:

–Me alegro de que haya encontrado el camino hasta aquí porque hay muchas cosas que le interesarán, estoy seguro. Estos amigos –y posó la mano sobre algunos libros– han sido buenos compañeros míos durante estos últimos años, desde que se me ocurrió la idea de trasladarme a Londres; me han proporcionado muchas, muchas horas placenteras... Gracias a ellos, he llegado a conocer su poderosa Inglaterra; y conocerla es amarla. Estoy deseando recorrer las calles atestadas del inmenso Londres, sumergirme en el torbellino y la avalancha de humanidad, participar de su vida, de su cambio, de su muerte y de todo lo que la hace ser como es. Pero, por desgracia, hasta ahora sólo conozco su lengua a través de los libros. Con usted, amigo mío, veo que la sé hablar.

–¡Pero, conde –dije–, si conoce y habla perfectamente el inglés!

Hizo una grave reverencia.

–Gracias, amigo mío, por su halagadora opinión; pero me temo que aún me queda mucho camino por recorrer. Es verdad que conozco la gramática y las palabras; pero aún no lo manejo bien.

–Claro que sí –dije–; lo habla muy bien.

–No –contestó–. Sé bien que si fuera a Londres, nadie dejaría de notar que soy extranjero al oírme hablar. Así que no es suficiente para mí. Aquí soy noble; soy un boyardo; el pueblo me conoce, y soy el señor.Pero un extranjero en tierra extraña no es nadie; la gente no le conoce..., y no conocerlo es no respetarlo. Me conformo con ser como los demás, de manera que nadie se pare al verme, ni deje de hablar al oírme para exclamar: "¡Ja, ja! ¡Un extranjero!". Hace tanto tiempo que soy señor, que quiero seguir siéndolo... o al menos, no tener a nadie por encima de mí. Usted no ha venido sólo como agente de mi amigo Peter Hawkins de Exeter a ponerme al corriente sobre mi nueva propiedad en Londres. Confío en que pase aquí un tiempo descansando, de manera que con nuestras conversaciones pueda yo adquirir el acento inglés; quiero que cuando me oiga cometer un error de pronunciación, por pequeño que sea, me lo diga. Siento haber estado ausente tanto tiempo hoy, pero estoy seguro de que sabrá perdonar a quien lleva entre manos multitud de asuntos importantes.

Naturalmente le dije que sí y le pregunté si podía entrar en esa habitación cuando quisiera. Me contestó que desde luego, y añadió:

–Puede recorrer los lugares del castillo que le

La boca, o lo que se veía de ella debajo del grueso bigote, era firme y algo cruel, con unos dientes singularmente afilados y blancos; le salían por encima del labio, cuyo notable color rojo denotaba una vitalidad asombrosa en un hombre de su edad.

apetezcan, salvo trasponer las puertas que están cerradas con llave, donde naturalmente no deseará usted entrar. Hay razones para que todo esté como está; y si lo viera usted como yo lo veo, y supiese lo que yo sé, quizá lo entendería mejor.

Le dije que estaba seguro, y prosiguió:

–Estamos en Transilvania; y Transilvania no es Inglaterra. Nuestras costumbres no son las de ustedes, y hay muchas cosas que le parecerán extrañas. Más aún, por lo que me ha contado de su viaje, ya tiene una idea de lo extrañas que pueden ser las cosas aquí.

Esto dio pie a una larga conversación. Y como era evidente que quería hablar, aunque sólo fuese por el gusto de hablar, le hice muchas preguntas sobre lo que me había ocurrido y lo que había oído. A veces eludía el tema, o desviaba la conversación fingiendo no entender; pero en general contestaba a cuanto le preguntaba con toda franqueza. Entonces, cuando ya llevábamos hablando un rato, me sentí más atrevido, y le pregunté sobre algunas cosas extrañas que había observado la noche anterior; como por ejemplo, por qué el cochero se fue a los lugares donde habíamos visto las llamas azules. ¿Era efectivamente verdad que señalaban dónde había oro escondido? Entonces me explicó que era creencia popular que en determinada noche del año –justamente la pasada noche, en que dicen que los malos espíritus andan libremente– se ve una llama azulenca en los lugares donde hay escondido un tesoro.

–De que hay tesoros escondidos en la región que atravesaron anoche –prosiguió– no existe la menor duda, ya que durante siglos fue campo de batalla de valacos, sajones y turcos. En realidad no hay un palmo de tierra en toda esta región que no haya sido regada con la sangre de hombres, ya fueran patriotas o invasores. En el pasado hubo épocas turbulentas en que los austríacos y los húngaros entraban en oleadas, y los patriotas les salían al encuentro (hombres y mujeres, y también los viejos y los niños) y les esperaban en lo alto de los desfiladeros, desde donde sembraban su destrucción con sus aludes artificiales. Y cuando el invasor triunfaba, encontraba muy poco botín porque habían escondido cuanto tenían bajo la tierra acogedora.

–Pero –dije yo–, ¿cómo pueden haber permanecido intactos tanto tiempo cuando hay señales tan inequívocas de su situación para quien quiera tomarse la molestia de mirar?

El conde sonrió y, al retraérsele los labios sobre las encías, dejó a la vista unos caninos singularmente largos y afilados. Contestó:

–¡Porque el campesino es en el fondo estúpido y cobarde! Esas llamas sólo surgen una noche. Y en esa noche nadie de esta tierra sale de su casa si lo puede evitar. Y, mi querido señor, aunque saliera, no sabría qué hacer. Ni siquiera el campesino que dice que marcó el lugar de las llamas podrá encontrar sus propias señales a la luz del día. Y me atrevería a jurar que usted tampoco, ¿verdad? –Tiene razón –le dije–. No tengo ni idea de dónde habría que buscar.

A continuación pasamos a otros temas.

–Bueno –dijo finalmente–, hábleme de Londres y de la casa que han comprado para mí.

Excusándome por este descuido mío, entré en mi habitación a coger los documentos de mi bolsa. Mientras los ordenaba, oí ruido de cubiertos y tasas en la habitación contigua y al regresar vi que la mesa estaba recogida y había una lámpara encendida, dado que se había hecho de noche. También encontré encendidas las lámparas del despacho o biblioteca; el conde estaba recostado en el sofá, leyendo nada menos que la guía inglesa de Bradshaw. Al verme entrar retiró los libros y periódicos de la mesa; y con él repasé una vez más los planos, las escrituras y las cuentas. Se interesó por todo y me hizo mil preguntas sobre el lugar y sus alrededores. Evidentemente, había estudiado cuanto había caído en sus manos sobre el contorno, porque al final descubrí que sabía mucho más que yo. Cuando se lo dije, respondió:

–Pero, amigo mío, ¿acaso no es preciso que lo sepa? Cuando vaya allí estaré solo, y mi amigo Harker Jonathan..., ah, perdóneme; he caído en la costumbre del país de anteponerle el patronímico; mi amigo Jonathan Harker no estará a mi lado para corregirme y ayudarme. Estará en Exeter, a millas de distancia, probablemente ocupándose de documentos legales con mi otro amigo Peter Hawkins. ¿Verdad?

Examinamos con todo detalle la compra de la propiedad de Purfleet. Una vez que le hube expuesto todas las gestiones, y hubo firmado él los documentos que lo requerían, a los que añadió una carta para el señor Hawkins, se puso a preguntarme cómo habíamos encontrado una casa tan apropiada. Le leí las notas que había tomado en aquella ocasión, y que transcribo aquí:

"En Purfleet, en un camino secundario, he encontrado un edificio que parece reunir los requisitos necesarios, con un cartel deteriorado anunciando que está en venta. Lo rodea un antiguo muro de piedra que no ha sido reparado desde hace años. Las puertas, cerradas, son de gruesa madera de roble y hierro completamente oxidado.

"La finca se llama Carfax, que seguramente es una corrupción del antiguo *Quatre Face*, ya que el edificio tiene cuatro fachadas que coinciden con los cuatro puntos cardinales. Comprende unos veinte acres de tierra enteramente cercada por el muro de piedra. Hay muchos árboles, lo que hace que algunos rincones resulten demasiado sombríos; también hay un estanque o pequeño lago, profundo y oscuro, sin duda alimentado por algunos manantiales, ya que es claro y desagua por un arroyo de cierto caudal. La casa es muy grande, y debe datar de los tiempos medievales, pues una parte está hecha con sillares enormes, con pocas ventanas, muy altas y enrejadas. Parece parte de un castillo, y está próxima a una vieja capilla o iglesia. No he podido entrar, ya que la puerta a la que se llega desde la casa estaba cerrada y no tenía la llave; pero he tomado fotografías con mi Kodak desde varios puntos. La casa ha sido ampliada, pero desparramada, así que me es difícil calcular el terreno que abarca, pero debe de ser bastante. Hay muy pocas casas cerca; una de ellas es un edificio de construcción reciente, convertido en manicomio particular. Pero no se ve desde el parque."

De *Drácula* (Alianza Editorial). Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com



La boca, o lo que se veía de ella debajo del grueso bigote, era firme y algo cruel, con unos dientes singularmente afilados y blancos; le salían por encima del labio, cuyo notable color rojo denotaba una vitalidad asombrosa en un hombre de su edad.

hicieron, porque son de hace siglos, aunque se conservan admirablemente. He visto tejidos parecidos en Hampton Court, aunque estaban descoloridos, gastados y apolillados. En cambio, no hay espejos en ninguna habitación. Ni siquiera sobre mi tocador, y he tenido que echar mano del espejito de viaje que llevo en la bolsa para poder afeitarme y peinarme. Aún no he visto un solo criado por ninguna parte, ni he oído otro ruido en los aledaños del castillo que el aullar de los lobos. Al terminar de comer –no sé si llamarlo desayuno o cena, porque eran entre las cinco y las seis de la tarde–, busqué algo para leer, porque no quería deambular por el castillo mientras no tuviera el permiso del conde. No encontré nada en la habitación: ni libros, ni periódicos, ni recado de escribir; así que abrí otra puerta de la habitación y encontré una especie de biblioteca. Probé la puerta que había enfrente de la que acababa de abrir, pero estaba cerrada con llave.

Aquí, para gran alegría mía, encontré multitud de libros ingleses, estanterías enteras, y volúmenes encuadernados de revistas y periódicos. En el centro había una mesa atestada de revistas y periódicos ingleses, aunque ninguno era de fecha reciente. Los libros trataban de los temas más diversos: historia, geografía, economía política, botánica, geología, derecho... todos relativos a Inglaterra y a la vida y las costumbres inglesas. Había incluso libros de consulta tales como el directorio de Londres, los libros Azul y Rojo, el Almanaque de Whitaker, los escalafones del Ejército y de la Armada, y –algo que me produjo alegría– el directorio legal.

Mientras miraba los libros se abrió la puerta y entró el conde. Me saludó con cordialidad y expresó su esperanza de que hubiese descansado bien durante la noche. Y prosiguió a continuación:

–Me alegro de que haya encontrado el camino hasta aquí porque hay muchas cosas que le interesarán, estoy seguro. Estos amigos –y posó la mano sobre algunos libros– han sido buenos compañeros míos durante estos últimos años, desde que se me ocurrió la idea de trasladarme a Londres; me han proporcionado muchas, muchas horas placenteras... Gracias a ellos, he llegado a conocer su poderosa Inglaterra; y conocerla es amarla. Estoy deseando recorrer las calles atestadas del inmenso Londres, sumergirme en el torbellino y la avalancha de humanidad, participar de su vida, de su cambio, de su muerte y de todo lo que la hace ser como es. Pero, por desgracia, hasta ahora sólo conozco su lengua a través de los libros. Con usted, amigo mío, veo que la sé hablar.

–¡Pero, conde –dije–, si conoce y habla perfectamente el inglés!

Hizo una grave reverencia.

–Gracias, amigo mío, por su halagadora opinión; pero me temo que aún me queda mucho camino por recorrer. Es verdad que conozco la gramática y las palabras; pero aún no lo manejo bien.

–Claro que sí –dije–; lo habla muy bien.

–No –contestó–. Sé bien que si fuera a Londres, nadie dejaría de notar que soy extranjero al oírme hablar. Así que no es suficiente para mí. Aquí soy noble; soy un boyardo; el pueblo me conoce, y soy el señor.Pero un extranjero en tierra extraña no es nadie; la gente no le conoce..., y no conocerlo es no respetarlo. Me conformo con ser como los demás, de manera que nadie se pare al verme, ni deje de hablar al oírme para exclamar: "¡Ja, ja! ¡Un extranjero!". Hace tanto tiempo que soy señor, que quiero seguir siéndolo... o al menos, no tener a nadie por encima de mí. Usted no ha venido sólo como agente de mi amigo Peter Hawkins de Exeter a ponerme al corriente sobre mi nueva propiedad en Londres. Confío en que pase aquí un tiempo descansando, de manera que con nuestras conversaciones pueda yo adquirir el acento inglés; quiero que cuando me oiga cometer un error de pronunciación, por pequeño que sea, me lo diga. Siento haber estado ausente tanto tiempo hoy, pero estoy seguro de que sabrá perdonar a quien lleva entre manos multitud de asuntos importantes.

Naturalmente le dije que sí y le pregunté si podía entrar en esa habitación cuando quisiera. Me contestó que desde luego, y añadió:

–Puede recorrer los lugares del castillo que le apetezcan, salvo trasponer las puertas que están cerradas con llave, donde naturalmente no deseará usted entrar. Hay razones para que todo esté como está; y si lo viera usted como yo lo veo, y supiese lo que yo sé, quizá lo entendería mejor.

Le dije que estaba seguro, y prosiguió:

–Estamos en Transilvania; y Transilvania no es Inglaterra. Nuestras costumbres no son las de ustedes, y hay muchas cosas que le parecerán extrañas. Más aún, por lo que me ha contado de su viaje, ya tiene una idea de lo extrañas que pueden ser las cosas aquí.

Esto dio pie a una larga conversación. Y como era evidente que quería hablar, aunque sólo fuese por el gusto de hablar, le hice muchas preguntas sobre lo que me había ocurrido y lo que había oído. A veces eludía el tema, o desviaba la conversación fingiendo no entender; pero en general contestaba a cuanto le preguntaba con toda franqueza. Entonces, cuando ya llevábamos hablando un rato, me sentí más atrevido, y le pregunté sobre algunas cosas extrañas que había observado la noche anterior; como por ejemplo, por qué el cochero se fue a los lugares donde habíamos visto las llamas azules. ¿Era efectivamente verdad que señalaban dónde había oro escondido? Entonces me explicó que era creencia popular que en determinada noche del año –justamente la pasada noche, en que dicen que los malos espíritus andan libremente– se ve una llama azulenca en los lugares donde hay escondido un tesoro.

–De que hay tesoros escondidos en la región que atravesaron anoche –prosiguió– no existe la menor duda, ya que durante siglos fue campo de batalla de valacos, sajones y turcos. En realidad no hay un palmo de tierra en toda esta región que no haya sido regada con la sangre de hombres, ya fueran patriotas o invasores. En el pasado hubo épocas turbulentas en que los austríacos y los húngaros entraban en oleadas, y los patriotas les salían al encuentro (hombres y mujeres, y también los viejos y los niños) y les esperaban en lo alto de los desfiladeros, desde donde sembraban su destrucción con sus aludes artificiales. Y cuando el invasor triunfaba, encontraba muy poco botín porque habían escondido cuanto tenían bajo la tierra acogedora.

–Pero –dije yo–, ¿cómo pueden haber permanecido intactos tanto tiempo cuando hay señales tan inequívocas de su situación para quien quiera tomarse la molestia de mirar?

El conde sonrió y, al retraérsele los labios sobre las encías, dejó a la vista unos caninos singularmente largos y afilados. Contestó:

–¡Porque el campesino es en el fondo estúpido y cobarde! Esas llamas sólo surgen una noche. Y en esa noche nadie de esta tierra sale de su casa si lo puede evitar. Y, mi querido señor, aunque saliera, no sabría qué hacer. Ni siquiera el campesino que dice que marcó el lugar de las llamas podrá encontrar sus propias señales a la luz del día. Y me atrevería a jurar que usted tampoco, ¿verdad? –Tiene razón –le dije–. No tengo ni idea de dónde habría que buscar.

A continuación pasamos a otros temas.

–Bueno –dijo finalmente–, hábleme de Londres y de la casa que han comprado para mí.

Excusándome por este descuido mío, entré en mi habitación a coger los documentos de mi bolsa. Mientras los ordenaba, oí ruido de cubiertos y tasas en la habitación contigua y al regresar vi que la mesa estaba recogida y había una lámpara encendida, dado que se había hecho de noche. También encontré encendidas las lámparas del despacho o biblioteca; el conde estaba recostado en el sofá, leyendo nada menos que la guía inglesa de Bradshaw. Al verme entrar retiró los libros y periódicos de la mesa; y con él repasé una vez más los planos, las escrituras y las cuentas. Se interesó por todo y me hizo mil preguntas sobre el lugar y sus alrededores. Evidentemente, había estudiado cuanto había caído en sus manos sobre el contorno, porque al final descubrí que sabía mucho más que yo. Cuando se lo dije, respondió:

–Pero, amigo mío, ¿acaso no es preciso que lo sepa? Cuando vaya allí estaré solo, y mi amigo Harker Jonathan..., ah, perdóneme; he caído en la costumbre del país de anteponerle el patronímico; mi amigo Jonathan Harker no estará a mi lado para corregirme y ayudarme. Estará en Exeter, a millas de distancia, probablemente ocupándose de documentos legales con mi otro amigo Peter Hawkins. ¿Verdad?

Examinamos con todo detalle la compra de la propiedad de Purfleet. Una vez que le hube expuesto todas las gestiones, y hubo firmado él los documentos que lo requerían, a los que añadió una carta para el señor Hawkins, se puso a preguntarme cómo habíamos encontrado una casa tan apropiada. Le leí las notas que había tomado en aquella ocasión, y que transcribo aquí:

"En Purfleet, en un camino secundario, he encontrado un edificio que parece reunir los requisitos necesarios, con un cartel deteriorado anunciando que está en venta. Lo rodea un antiguo muro de piedra que no ha sido reparado desde hace años. Las puertas, cerradas, son de gruesa madera de roble y hierro completamente oxidado.

"La finca se llama Carfax, que seguramente es una corrupción del antiguo *Quatre Face*, ya que el edificio tiene cuatro fachadas que coinciden con los cuatro puntos cardinales. Comprende unos veinte acres de tierra enteramente cercada por el muro de piedra. Hay muchos árboles, lo que hace que algunos rincones resulten demasiado sombríos; también hay un estanque o pequeño lago, profundo y oscuro, sin duda alimentado por algunos manantiales, ya que es claro y desagua por un arroyo de cierto caudal. La casa es muy grande, y debe datar de los tiempos medievales, pues una parte está hecha con sillares enormes, con pocas ventanas, muy altas y enrejadas. Parece parte de un castillo, y está próxima a una vieja capilla o iglesia. No he podido entrar, ya que la puerta a la que se llega desde la casa estaba cerrada y no tenía la llave; pero he tomado fotografías con mi Kodak desde varios puntos. La casa ha sido ampliada, pero desparramada, así que me es difícil calcular el terreno que abarca, pero debe de ser bastante. Hay muy pocas casas cerca; una de ellas es un edificio de construcción reciente, convertido en manicomio particular. Pero no se ve desde el parque."

De *Drácula* (Alianza Editorial). Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

correspondencias

*Señale las relaciones correctas, anotando en los casilleros de la izquierda lo que corresponda, sabiendo que si, por ejemplo, a la opción **1** le corresponde la **C**, esta relación no se repite en el resto del juego.*

Términos náuticos

1. Bauprés
2. Jarcia
3. Foque
4. Estay

A. Cabo que sujeta un mastelero
B. Palo horizontal en la proa
C. Velas triangulares
D. Aparejos y cuerdas del buque

Animales de ficción y sus dueños

1. Jolly Jumper
2. Idefix
3. Pluto
4. Snoopy

A. Obelix
B. Mickey
C. Lucky Luke
D. Charlie Brown

Modelos de autos

1. Mustang
2. Clio
3. Tempra
4. Gold

A. Fiat
B. Renault
C. Volkswagen
D. Ford

Desastres naturales en cine

1. "San Francisco"
2. "Krakatoa, al este de Java"
3. "Terremoto"
4. "Los últimos días de Pompeya"

A. Clark Gable
B. Steves Reeves
C. Maximilian Schell
D. Charlton Heston

cruci-clip

Anote las palabras siguiendo las flechas.

ANTIGUA EMBARCACIÓN DE GUERRA Y COMERCIO / VALLA VEGETAL / PONER SOBRENOMBRES O MOTES / DESGRACIADOS, INFAUSTOS / PEZ ATIGRADO COMESTIBLE / ABSTINENCIA DE COMIDA O BEBIDA / BANDA ESTERILIZADA PARA HACER VENDAJES / ENSENADA / LITERATURA HEROICA / TIRA LARGA Y POCO GRUESA / VIVIENDA ESQUIMAL / SEÑAL DE DUELO / DETESTARON / CAMARERO, MESERO / SUFIJO: QUE ENGENDRA / DE SABOR AGRIO / TORRARÉ / COPIAS IMPERFECTAS / RASGAR LIGERAMENTE CON LAS UÑAS / DESCUIDÁIS, OLVIDÁIS / CIUDAD DE ESPAÑA / ESTRELLA DE CINE / TIPO DE LÁTIGO / (ANA) DOCTORA RUMANA / EMPEZABA A QUEMARSE / SIN PUNTA / ESTADO DE LA INDIA / DE FAMA O MÉRITO NOTABLE / DE NARIZ CHATA / (CHERYL) ACTRIZ ESTADOUNIDENSE / MAPA DE ISLAS / RALEZA DE UN TEJIDO / NEOCATÓLICAS

crucigrama

AYUDAS: EZETA, MINOICO

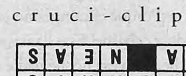
HORIZONTALES

1. Cebo utilizado por los pescadores hecho con huevas de bacalao./ Día inmediatamente anterior al de hoy.
2. Apéndice carnoso que cuelga del velo palatino./ (Carlos) Presidente salvadoreño de 1890 a 1894.
3. Hueso de las mejillas./ Plantígrados.
4. Apoyar el codo./ Confusión, algazara.
5. Existir./ (... y diretes) Disputas, altercados.
6. Sufijo: sonido.
7. Título de nobleza./ Sociedad de Responsabilidad Limitada.
8. Foco de iluminación para escenario o estudio./ Guisado.
9. Género de mamíferos prosimios de la familia de los lorísidos./ Percibirlos con el oído.
10. Que profesa amistad./ Metal rojizo brillante.
11. Organismo espacial de los EE.UU./ Palo del bowling.

VERTICALES

1. Lente provista de mango (pl.)./ (Ana) Doctora rumana famosa por sus tratamientos rejuvenecedores.
2. Sonido que produce el aire al salir de la laringe (pl.)./ Manzana.
3. Ruido confuso de voces./ Nombre del actor Karloff.
4. Avalancha./ Cansancio.
5. El que bala.
6. Río de América del Sur.
7. Cretense.
8. Sitio descubierto en la parte superior de una casa./ Forma de nado.
9. Sulfato de calcio hidratado (pl.)./ Sonido agudo que se produce silbando.
10. Hidruro de etilo./ Cualidad o estado de lo que está muy caliente.
11. Pases rozando ligeramente un cuerpo./ Enlosen.

soluciones



correspondencias

Términos náuticos: 1-B, 2-D, 3-C, 4-A. Animales de ficción y sus dueños: 1-C, 2-A, 3-B, 4-D. Modelos de autos: 1-D, 2-B, 3-A, 4-C. Desastres naturales en cine: 1-A, 2-C, 3-D, 4-B.

cruci-clip

crucigrama